

CAPÍTULO 6: CONDICIONES PARA LAS ORACIONES CONTESTADAS

¡Este es el capítulo aterrador! Sólo un capítulo de este libro es peor, ¡y ese es el capítulo que sigue a este! En este capítulo, examinaremos las condiciones para una oración contestada, y en el próximo capítulo, nos centraremos en la condición que a menudo causa la mayor ansiedad: ningún pecado conocido en la vida. Entonces, si estás demasiado nervioso para esperar, continúa con el siguiente capítulo, y luego regresa aquí después de terminarlo, para conocer el resto de la historia.

Quizás hayas oído decir: «Las cosas que son demasiado buenas para ser verdad, normalmente no lo son». Muchas cosas se ven muy bien en la superficie, pero cuando lees la letra pequeña, descubres que, después de todo, no son una ganga. Como cristiano, se te anima a orar, a presentar tus necesidades a Dios y a pedir lo que quieras, y tienes la seguridad de que se hará. Sin embargo, tarde o temprano tendrás que afrontar la letra pequeña. Tarde o temprano debes mirar la condición de la oración contestada. Esto puede asustarte, pero es esencial para una vida de oración exitosa.

Una razón por la que es tan importante entender las condiciones para una oración contestada, es que la oración no es un fin en sí misma. No se trata de «buenas obras», ni de una forma de ganar méritos adicionales. Si bien se nos dice que mucha oración es vital, si es del tipo correcto (2 Tesalonicenses 5:17), también se nos dice que mucha oración es inútil, si es del tipo incorrecto (Mateo 6:7).

Así que afrontemos las consecuencias, y dediquemos unos momentos a estudiar las condiciones para una oración eficaz.

DARSE CUENTA DE LA NECESIDAD

La primera condición para una oración contestada es tener una necesidad, y darse cuenta de que la tienes. Si no necesitas a Dios, ni necesitas Su ayuda, ¿por qué deberías pedirla, en primer lugar? Además, si tienes una necesidad, pero no eres consciente de ella, no estarás motivado para buscar ayuda. Eso parece lógico, ¿no?

Una familia intentó convencer a su padre de que fuera al médico en busca de ayuda. Para ellos era muy evidente que estaba necesitado, pero él pensaba que estaba bien. Después de mucho discutir e insistir, finalmente lo llevaron al consultorio del médico, pero se negó a cooperar con el médico, insistiendo en que no necesitaba nada.

Después del examen, el médico dijo a los familiares: «Sí, su padre necesita atención médica, pero parece que tendrá que empeorar antes de que podamos ayudarlo».

Todavía me atormenta recordar una visita al hospital, que tuve hace varios años, con un hombre que pensó que tenía dolor de estómago, y dijo que estaría como nuevo en sólo unos días. La familia me pidió que lo visitara, y al poco tiempo, se hizo evidente que nadie le había dicho que iba a morir esa noche. Tenía una necesidad, pero no lo sabía.

Millones de personas padecen una necesidad espiritual desesperada, pero no son conscientes de ello, por lo que no buscan ayuda de Dios. Mucha gente en la iglesia se encuentra en el mismo dilema. Es el mayor problema de la iglesia. Se llama Laodicea:

«Porque dices: Soy rico y me he enriquecido, y de nada tengo necesidad; y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un pobre, un ciego, y un desnudo» (Apocalipsis 3:17).

Quizás haya oído hablar de la rara afección médica, que hace que la víctima no pueda sentir dolor. Yo era un joven cuando escuché por primera vez sobre eso, ¡y me pareció una posibilidad maravillosa! Ya no tendrás que preocuparte cuando llegue el momento de recibir otra inyección, o de ir al dentista. La próxima vez que me caiga de la bicicleta, ¡no será gran cosa! De hecho, ¡qué maravillosa garantía de no volver a preocuparse nunca más por una paliza!

Pero luego aprendí un poco más, y comencé a darme cuenta de la bendición que puede ser el dolor. Las personas que padecen esta afección pueden cortar tomates, y cortar la punta de un dedo. Pueden morir desangrados por alguna herida abierta, y ni siquiera darse cuenta de que fueron heridos. Dios dice:

«Derramaré aguas sobre el sediento, y ríos sobre la tierra seca; derramaré mi espíritu sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tu descendencia» (Isaías 44:3).

Hay que tener sed para poder apreciar o desear el agua. El suelo tiene que estar seco para poder absorber la lluvia.

¿Cómo tienes sed? La sal da sed, y sabemos que la sal representa la justicia de Cristo. Estar al sol te da sed.

Cuando Jesús, el Sol de justicia, se levante, os hará querer beber de la fuente de la vida. El ejercicio te da sed. ¿Qué es el ejercicio de la vida cristiana? Servicio, testificación, y trabajo para los demás. Dios ha provisto muchas vías para hacernos conscientes de nuestra necesidad, de modo que estemos listos para aceptar la ayuda que solo Él puede brindarnos.

PEDIR POR AYUDA

Esto puede parecer bastante elemental, pero una de las condiciones para obtener respuesta a la oración es que oremos, en primer lugar. A Dios le encanta responder a quienes le preguntan, pero no insiste al respecto. Él no colma sus bendiciones sobre nadie, pero se complace mucho cuando le pedimos ayuda.

Una Navidad, mi hijo decidió que quería una bicicleta en particular. Sólo había un problema: esa bicicleta no estaba disponible en ninguna tienda. Nadie vendía una bicicleta con las características especiales que quería.

Conduje por todo Los Ángeles buscando repuestos para esa bicicleta, y logré elegir una rueda aquí, un freno allá, un manubrio en otra parte. Trabajé en el garaje temprano y tarde. La mañana de Navidad todavía estaba escondido en el garaje, cuando salió a buscar su bicicleta nueva. ¡Qué bueno que le gustó! ¡Habría sido un invierno largo y duro si no lo hubiera hecho!

Cualquier padre conoce lo divertido que es regalarle a un niño algo que él ha pedido especialmente recibir. ¿Es Dios diferente? Él nos dice con muchas palabras: «Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá» (Lucas 11:9).

Por supuesto, Dios conoce nuestras necesidades antes de que se las pidamos, entonces, ¿por qué preguntar? La primera razón es que Él nos dijo que lo hiciéramos, pero hay buenas razones para pedírselo.

Dado que la oración es el vínculo vital en la comunicación entre Dios y el hombre, es cuando oramos y Él responde que sabemos que Él está obrando en nuestras vidas, y que no somos simplemente víctimas del destino o la coincidencia.

Note la oración de Jesús ante la tumba de Lázaro:

«Jesús alzó los ojos y dijo: Padre, te doy gracias porque me has oído. Y yo sabía que tú siempre me oyes; pero lo dije por causa de la gente que está allí, para que crean que tú me has enviado» (Juan 11:41-42).

Había más en juego en la resurrección de Lázaro, que simplemente hacer que él volviera a la vida. Jesús quería mostrarle al pueblo una evidencia poderosa de su conexión con Dios: su relación con su Padre celestial. Al pedirle a Dios que resucitara a Lázaro a oídos de todo el pueblo, Jesús hizo obvio que Dios estaba obrando en Su vida, y que el Hijo de Dios no estaba operando independientemente.

El mismo concepto se presenta en Juan 13:19. Jesús les dijo a sus discípulos lo que sucedería, explicando que «os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis» (NVI).

Cuando pedimos en oración la bendición de Dios, Él es libre de derramar Sus santidades, sin el peligro de que asumamos que nos trajimos la bendición a nosotros mismos. Pedir impide que nos atribuyamos el mérito de la obra de Dios en nuestras vidas.

Pedir también nos recuerda nuestra condición de dependencia, que somos sus hijos. Cuando llegamos a Su presencia y presentamos nuestras peticiones, recordamos quién tiene el control de nuestras vidas.

¿Alguna vez te ha detenido un patrullero en la ruta, y te ha pedido ver tu licencia de conducir? El oficial puede expresar su orden como una pregunta, pero en realidad no está preguntando si puede ver tu licencia de conducir.

¡Simplemente está expresando su demanda de manera educada! Las personas que están en una posición de autoridad no preguntan. ¡Ellos dicen!

Pero cuando presentamos nuestras peticiones ante el trono de Dios, estamos pidiendo. Dependemos de Él, porque Él es el Creador, y nosotros somos sólo criaturas. Él es Dios y nosotros no. Él tiene todo el poder, y nosotros estamos indefensos. Entonces preguntamos. Es uno de los requisitos previos para recibir una bendición especial de Él.

SIN PECADO ACARICIADO

¡Aquí está el grande! Lo mencionaremos sólo brevemente aquí, porque le dedicaremos

un capítulo por sí solo. El Salmo 66:18 lo dice: «Si en mi corazón mirare la iniquidad, el Señor no me escuchará». En «El Camino a Cristo», leemos:

«Si miramos la iniquidad en nuestro corazón, si nos aferramos a algún pecado conocido, el Señor no nos escuchará; pero la oración del alma arrepentida y contrita siempre es aceptada. Cuando todos los errores conocidos sean corregidos, podremos creer que Dios contestará nuestras peticiones. Nuestro propio mérito nunca nos recomendará al favor de Dios; es la dignidad de Jesús la que nos salvará, su sangre la que nos limpiará; sin embargo, tenemos trabajo que hacer para cumplir con las condiciones de aceptación» (página 95).

FE EN DIOS

Aquí hay uno que usted esperaría que apareciera en la lista: Fe. Bueno, ¡por supuesto! El texto clásico es Hebreos 11:6: «El que se acerca a Dios debe creer que Él existe, y que es remunerador de los que le buscan». Es interesante la forma en que está redactado. Dios es recompensador de los que le buscan diligentemente. No aquellos que buscan simplemente Sus bendiciones, sino aquellos que lo buscan, son los que encuentran su recompensa. Porque Él es la recompensa.

Observe que hay dos partes en esta creencia o fe. Primero, debemos creer que Él existe, y segundo, debemos creer que Él recompensa a quienes lo buscan, y Él es la recompensa. Si esto es cierto, entonces la verdadera fe está más interesada en buscar al Dador, que en buscar los dones. En el momento en que me preocupó más por los dones que por el Dador, se me obstruye el camino para experimentar Sus dones. Ese es un principio interesante.

Elena de White cita este pasaje de Hebreos 11, y luego comenta:

«La seguridad es amplia e ilimitada, y fiel es Aquel que ha prometido. Cuando no recibimos precisamente las cosas que pedimos, en el momento en que lo pedimos, todavía debemos creer que el Señor escucha, y que responderá nuestras oraciones. Somos tan errados y miopes, que a veces pedimos cosas que no serían una bendición para nosotros, y nuestro Padre celestial en amor responde a nuestras oraciones, dándonos lo que será para nuestro mayor bien: lo que nosotros mismos deseáramos, si con una visión divinamente iluminada podríamos ver todas las cosas como realmente son. Cuando nuestras oraciones parezcan no ser contestadas, debemos aferrarnos a la promesa; porque seguramente llegará el momento de la respuesta, y recibiremos la bendición que más necesitamos. Pero afirmar que la oración siempre será contestada en la misma forma, y para lo particular que deseamos, es presunción. Dios es demasiado sabio para errar, y demasiado bueno para negar cualquier cosa buena a los que caminan en integridad. Entonces no temáis, confía en Él, aunque no veas la respuesta inmediata a tus oraciones. Confía en su promesa segura: 'Pedid y se os dará'» (El camino a Cristo, página 96).

Entonces, la fe implica más que simplemente creer que Dios responderá a nuestras oraciones, de la manera exacta en que esperamos que actúe. Nuestra fe es en Él, no en una respuesta específica de Él. Podemos estar seguros de una respuesta, pero no podemos dictar cuál será Su respuesta.

La fe no es lo que a veces nos han hecho pensar. La fe no es creer que vamos a conseguir

lo que le pedimos a Dios. Fe es creer que Él escucha y responde, obtengamos o no lo que pedimos. Fe es confiar en que Él sabe lo que es mejor, y seguramente nos dará lo mejor. Dedicaremos un capítulo aparte a este tema un poco más adelante.

PERSEVERANCIA

Hace varios años apareció una historia en la revista Insight, titulada algo así como «Sherry preguntó una vez».

La historia trataba de una niña que había perdido su bolso, y ella y sus amigas oraron y le pidieron a Dios que se lo encontrara. Después de pasar más tiempo buscando, y sin poder localizar el bolso, una de sus amigas dijo: «¿No deberíamos orar de nuevo?»

«¿Por qué?» ella respondió. «Ya le preguntamos a Dios sobre esto. ¿Crees que Él no escuchó? ¿Crees que es sordo? ¿Por qué tendríamos que preguntarle nuevamente?»

Así que no volvió a preguntar, para gran inquietud de sus amigas. Ella simplemente siguió su camino, dejando el asunto en manos del Señor. Varias semanas después, le devolvieron el bolso intacto.

Esa historia me recuerda la experiencia de Elías en el Monte Carmelo. Los profetas de Baal habían pasado todo el día rogando, suplicando, y danzando alrededor de su altar. Elías les dijo: «¡Griten más fuerte! Tal vez su dios esté dormido, tal vez esté hablando con otra persona y no esté prestando atención, tal vez esté de viaje».

Cuando llegó el turno de Elías, después de haber preparado su altar, ¿qué hizo? ¿Dijo: «Oh Dios, estoy en problemas. Por favor, ayúdame. Por favor, sácame de este. Por favor, por favor, por favor»? ¿Rogó y suplicó? No, él hizo una simple oración. "Sea notorio hoy, que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo (1 Reyes 18:36). Su oración duró menos de un minuto, y el fuego descendió del cielo a la vista de todo el pueblo.

Si te detuvieras allí, podrías estar de acuerdo en que «Sherry» tenía razón. Una simple petición es todo lo que necesitas para recibir lo que Dios vaya a hacer a tu favor.

¡Pero la historia de Elías aún no había terminado!
¿Recuerdas lo que pasó después que el fuego consumió el sacrificio, la madera, las piedras del altar, y el agua en la zanja, alrededor del altar? Todavía quedaban algunos asuntos pendientes. La crisis del Monte. El Carmelo se precipitó por el hecho de que no había llovido durante tres años y medio. Por muy espectacular que fuera el fuego del cielo, todavía no llovió cuando hubo hecho su trabajo.

Antes de que llegara la lluvia, Elías tuvo que subir solo a la cima de la montaña, lejos de las multitudes y de la intensidad del día. Llevando a su sirviente con él, oró por lluvia, luego envió a su sirviente a buscar una nube, como señal de que Dios estaba respondiendo a su oración.

La pequeña dama que escribió todos los libros hace este comentario:

«Cuando en el Monte Carmelo él [Elías] ofreció la promesa de lluvia, su fe fue probada, pero perseveró en dar a conocer su petición a Dios. Seis veces oró fervientemente y, sin embargo, no hubo señal de que su petición fuera concedida, pero con fe firme instó su súplica al Trono de la gracia. Si se hubiera dado por vencido en el desánimo la sexta vez, su oración no habría sido contestada, pero perseveró hasta que llegó la respuesta» (Comentarios de Elena G. de White, Comentario Bíblico Adventista, tomo 2, página 1034).

Observe que los héroes de la Biblia no oraron (tal vez incluso oraron varias veces), y luego concluyeron, debido a que no hubo respuesta aparente, que Dios había dicho «No». Sus oraciones terminaron en el punto de respuesta de Dios, que invariablemente llegó, incluso aunque a veces la respuesta fue «No». Elías esperó una respuesta definitiva. Hablaremos más sobre esto más adelante.

Elías no sólo siguió orando hasta que su oración fue respondida, sino que se nos da la idea, de que, si no hubiera perseverado, la respuesta habría sido diferente. Ése es un pensamiento solemne, ¿no?

¿Por qué perseveró? ¿Fue para cambiar a Dios? ¿Debía desgastar a Dios con su petición? ¿Para que Dios finalmente cediera, de mala gana, y concediera su pedido? No. Ese no es el tipo de Dios al que servimos.

Examinaremos más a fondo, las razones por las que la perseverancia es una condición para la oración contestada, en un capítulo aparte. Por ahora, quiero dar a entender la premisa bíblica de que debemos perseverar en presentar nuestras peticiones ante Dios, y hay ejemplos bíblicos del hecho de que, si nos conformamos con pedir sólo una vez, puede haber ocasiones en que la respuesta sea diferente, que si hubiéramos continuado presentando nuestras peticiones ante Su trono hasta que Él respondiera.

UN ESPÍRITU DE PERDÓN

Justo en medio de la oración del Señor, encontramos la declaración: «Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mateo 6:12). Jesús contó una vez la extraña historia de un siervo, que tenía una gran deuda con el rey; de hecho, una deuda abrumadora. No tenía dinero para pagar, por lo que el rey ordenó que lo enviaran a prisión. Pero el hombre pidió más tiempo y, abrumado por la compasión, el rey le perdonó toda su deuda, ¡desde el principio!

Al salir libre del palacio del rey, este siervo se topó con un conserivo que le debía una pequeña suma. Ahora, tal vez el sirviente quería devolverle el dinero al rey. Tal vez pensó que sería una buena idea comenzar a ahorrar, en caso de que algo así volviera a suceder, para no tener que estar a merced del rey en el futuro. Cualquiera sea el motivo, el sirviente del rey exigió el dinero que se le debía. Y como su conserivo no pudo pagar inmediatamente, el siervo del rey mandó que lo encarcelaran.

Alguien vio este pequeño drama, y le molestó. Se apresuró a regresar donde el rey, y

le contó todo lo que había sucedido. El rey también estaba molesto; ¡tan enojado, de hecho, que llamó al siervo perdonado, y recuperó su perdón! La moraleja de la historia es: «Así también hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonáis de corazón, cada uno a su hermano sus ofensas» (Mateo 18:35).

¿Te gusta el cuento? ¿Te gusta la «moraleja» de la historia? ¿Estás contento de que Dios te trate como el rey trató a su siervo implacable? ¿Es esta una buena o una mala noticia?

Fue una mala noticia para el primer siervo, cuando se enteró de que lo iban a meter en prisión por una deuda que no podía pagar. Fue una buena noticia cuando escuchó que el rey no iba a exigir el pago.

Fueron malas noticias para el segundo siervo, quien fue enviado a prisión por una deuda mucho menor que la del primer siervo. El primer siervo pudo haber pensado que era una buena noticia ver al segundo siervo encarcelado, pero fueron malas noticias cuando el rey canceló su perdón, y lo envió a prisión después de todo. ¡Sin duda, fueron buenas noticias para el segundo siervo, sentado solo en la celda de la prisión, cuando vio que traían al primer siervo para reunirse con él! Esas fueron malas noticias para el primer siervo, pero fueron buenas noticias para el pueblo del reino, cuando vieron que se había hecho justicia.

Entonces, si crees que la historia fue una buena o una mala noticia, depende de quién eres, y de dónde te encuentras en la historia, ¿no es así?

Esta historia ilustra lo que yo llamo el principio «siempre y cuando». Mientras aceptes el perdón de Dios para ti mismo, perdonarás a tu hermano. Cuando no perdonas a los demás, es simplemente una indicación de que ya no estás aceptando el perdón que Dios te ha ofrecido. Es posible que este primer siervo de la parábola

haya aceptado alguna vez el perdón del rey, aunque, hasta donde sabemos, nunca expresó su agradecimiento, por lo que tal vez nunca lo aceptó en primer lugar. Pero sabemos lo que hizo con el perdón del rey, en el punto de la historia en el que envió a su compañero de servicio a la celda. Rechazó el perdón del rey, en ese momento, independientemente de lo que había hecho antes.

Dios no es insistente. Él no impone su perdón a nadie. Si rechazamos su perdón, y por este medio mantenemos un espíritu implacable, Él acepta nuestra elección en el asunto, y no nos colma de sus bendiciones.

Esta parábola habla de algo más que del perdón superficial, porque en la «moraleja» de la historia, dice: «si no perdonáis de corazón». La única manera en que podemos tener perdón para los demás en nuestro corazón, es aceptar el perdón de Dios en nuestro corazón, para nosotros mismos.

VE DONDE SE ORA

¿Dónde se hace la oración? En primer lugar, en tu propio dormitorio. La oración secreta es el primer paso hacia la oración eficaz. Quienes oren en secreto, serán recompensados en público. La oración familiar, la oración en grupo, o la oración pública, serán tan efectivas, como la

efectividad de la vida de oración secreta de aquellos que se reúnen. La oración siempre comienza uno a uno con Dios.

Sin embargo, la oración en grupo es importante. El cuerpo de Cristo es importante. «El Camino a Cristo» dice que aquellos que realmente buscan la comunión con Dios, serán vistos en la reunión de oración (página 98). Aquellos que realmente buscan la comunión con Dios, buscarán cada oportunidad para reunirse con otros, y unirse con ellos en oración.

Cada uno de nosotros está invitado a presentar nuestras peticiones al Señor, en privado. Pero hay otras invitaciones para tener más poder en la oración.

Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mateo 18:19-20).

¡Hay poder en los números! Incluso en números pequeños: ¡números tan pequeños como dos y tres! Una razón por la que las oraciones grupales pueden ser más efectivas puede ser que ayudan a Dios a resolver uno de sus mayores problemas: que los seres humanos se gloríen a sí mismos por el trabajo que ha realizado por ellos, y a través de ellos. Si usted y yo oramos por lo mismo, y Dios concede nuestras peticiones, ninguno de nosotros se sentirá tan tentado a atribuirnos el mérito, porque podría haber sido su oración la que Dios pudo responder, o podría haber sido la mía. ¿Quién puede saberlo?

Otro factor en las oraciones públicas y grupales se encuentra en el Antiguo Testamento. Dios se complace cuando todos vamos juntos a Su casa, y le ofrecemos oración. Puedes leer sobre esto en 2 Crónicas 6:24-31. Al pueblo de Israel se le instruyó, que, si estaban bajo ataque de un enemigo, o si no llovía, o si había una plaga en la tierra, podían venir a la casa de Dios, y exponer su caso delante del Señor, y Él escucharía desde el cielo, perdonaría sus pecados, y respondería a su petición.

ORA EN TODAS PARTES, POR TODO, TODO EL TIEMPO.

¡La oración ilimitada es la más efectiva! Estamos invitados a estar constantemente en actitud de oración, para que nuestro pensamiento se dirija hacia Dios de manera espontánea, ante cualquier prueba inesperada, o en cualquier momento que necesitemos de Su gracia. Estamos invitados a estar continuamente conscientes de Sus bendiciones, a mantener una actitud de alabanza y acción de gracias hacia Él, y a estar siempre conscientes de Sus misericordias. Cuanto más de nuestra vida compartamos con Dios, más de Su respuesta, consejo, y sabiduría, nos dará a cambio. ¿Quieres más respuestas a la oración? ¡La respuesta es orar más! Dios no es como un hada madrina que se ofrece a cumplir tres deseos, ¡y nada más! Él tiene recursos ilimitados, y nos invita a acudir continuamente a Él, en busca de Su gracia y poder, en cada aspecto de nuestras vidas.

La oración incesante no significa una conversación incesante. Cuando estás con un amigo o familiar, no tienes que hablar todo el tiempo para comunicarte. Puedes comunicarte a través del silencio, a través de actividades compartidas, pasando tiempo juntos. Lo mismo ocurre en tu amistad con Dios. No es necesario hablar todo el tiempo para participar en una oración incesante. Pero Él puede ser tu Compañero invisible en toda tu vida diaria.

ORAR Y TESTIFICAR

Dios no quiere que nos volvamos ermitaños, nos retiremos del mundo, y dediquemos todo nuestro tiempo a la oración. La vida de Jesús es nuestro ejemplo. Vivió entre la montaña y la multitud. Pasó sus días con las multitudes, sanando, enseñando, y atendiendo sus necesidades. Pero, de hecho, siempre encontraba varias horas, cada día, en las que podía estar a solas con su Padre. Temprano en la mañana o al atardecer. Se apartaba del pueblo que lo seguía, y buscaba fortaleza en la comunión con el cielo.

Una de las razones por las que algunas personas tienen problemas con su vida devocional, es que no están trabajando. Cada vez que intentamos comer sin hacer ejercicio, el resultado es fatal, tanto en nuestra vida espiritual, como en nuestra vida física. De hecho, probablemente en nueve de cada diez casos, cuando alguien se queja de que su vida devocional se ha estropeado, la razón es que no ha podido involucrarse en la testificación y el ministerio a los demás. Para tener una vida de oración saludable, debemos involucrarnos en el servicio cristiano. Los dos siempre van juntos.

Orar y testificar es una condición importante para la oración contestada. Examinaremos más a fondo este tema en el capítulo sobre «Oración y Testificación».

PIDE EN EL NOMBRE DE JESÚS

No podemos presentarnos ante el Padre en nuestra propia justicia. Todos los cheques, que presentamos al banco celestial para ser cobrados, tienen que estar firmados por el Hijo de Dios, Jesús. Todavía hay poder en el nombre de Jesús, y estamos invitados a presentar nuestras peticiones en Su nombre.

Sin embargo, orar en el nombre de Jesús es más que «una mera mención de ese nombre, al principio y al final de una oración. Es orar en la mente y el espíritu de Jesús, mientras creemos en sus promesas, confiamos en su gracia, hacemos Sus obras» (El Camino a Cristo, páginas 100 y 101).

Debido al significado más profundo de pedir en el nombre de Jesús, es imposible orar en Su nombre con nuestras propias fuerzas. La única manera en que podemos orar en la mente y el espíritu de Jesús, la única manera en que podemos confiar en Sus promesas, y realizar Sus obras, es que Él viva Su vida en nosotros. Para orar en el nombre de Jesús, debemos estar en estrecha relación con Él.

La invitación de Dios a presentar nuestras peticiones ante Él, en el nombre de Jesús, no significa que Él no esté dispuesto a escucharnos y bendecirnos. Jesús dijo:

«En aquel día, pediréis en mi nombre; y no os digo que rogaré al Padre por vosotros; porque el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios» (Juan 16:26-27).

Jesús habló de la disposición de los padres terrenales de dar buenos regalos a sus

hijos, y luego preguntó:

«¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lucas 11:13).

Entonces, toda la Divinidad está involucrada. Debemos orar al Padre, en el nombre del Hijo, y pedir el don del Espíritu Santo, quien inspira nuestras oraciones, y las presenta ante el Padre en nuestro nombre. ¡Todo el cielo está interesado en responder a nuestras oraciones!

AGRADECIMIENTO Y ALABANZA

Los salmos están llenos de alabanzas a Dios. Puedes encontrar muchos ejemplos. Notaremos dos aquí: «¡Oh, si los hombres alabaran al Señor por su bondad, y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!» «Te alabaré, oh, Señor, entre los pueblos, y te cantaré salmos entre las naciones» (Salmos 107:8; 108:3).

«Nuestros ejercicios devocionales no deben consistir exclusivamente en pedir y recibir. No estemos siempre pensando en nuestras necesidades, y nunca en los beneficios que recibimos. No oramos demasiado, pero somos demasiado parcos en dar gracias. Somos receptores constantes de las misericordias de Dios y, sin embargo, qué poca gratitud expresamos, qué poco le alabamos por lo que ha hecho por nosotros» (El camino a Cristo, páginas 102 y 103).

¿Por qué son tan importantes la alabanza y la acción de gracias? Porque a través de la alabanza y la acción de gracias colocamos la gloria de Dios donde pertenece, y evitamos que Su gloria se nos atribuya a nosotros mismos. Además, es muy difícil alabar y agradecer a Dios por sus bendiciones, y al mismo tiempo, sentirse triste y descontento. Dios quiere que encontremos gozo al servirle. Él quiere que nos regocijemos en nuestra relación con Él. Después de todo, ¡Él se regocija en Su relación con nosotros! Él dice: «He aquí mi siervo, a quien yo sostengo; mi elegido, en quien mi alma tiene complacencia». «Jehová tu Dios, en medio de ti es poderoso; Él salvará, se regocijará sobre ti, con gozo; descansará en su amor, se regocijará sobre ti, con cánticos» (Isaías 42:1; Sofonías 3:17).

¿Sabías que Dios se deleita en ti? ¿Sabías que Él se regocija tanto por ti, que estallará en canción debido a Su gozo en ti? Piensa en eso: ¡El Dios del universo cantando sobre ti, porque está muy feliz por ti! Y Él te invita a encontrar gozo y deleite en Él. «Deléitate también en Jehová, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4).